

rrera del Salvador. Purificados de nuestras culpas, no deberemos dejar pasar estas solemnes fiestas sin acercarnos siquiera una vez á participar de sus bodas eucarísticas. Sentados á la Mesa del Cordero, victoreémosle por nuestro caudillo: que Él sea nuestra luz, nuestra esperanza, nuestro amor y nuestra vida. No desertemos jamás de sus filas: ellas son nuestro poder. Que su bandera sea nuestra divisa, para que, envueltos con ella, podamos librarnos de los envenenados dardos de nuestros enemigos.

¡Dulce Jesús Sacramentado, sol de la Iglesia é imán del alma! Postrados á vuestros pies y con la frente pegada en el polvo, os adoramos rendidamente como á Dios y Señor nuestro. Váis á salir del augusto templo para visitarnos. Entonces, Señor, bendecid nuestras casas que son vuestras; bendecid sus moradores que os aman; bendecid sus obras. Que esta bendición sea eficaz para que no caigamos en la culpa, para que adelantemos en el camino del bien, y para que, en último término, nos llevéis un día á vuestras eternas mansiones, donde os veamos sin celajes y gocemos de vuestra divina presencia. Amén.



SECCIÓN II

EXCELENCIAS Y OFICIOS DE LA SANTA EUCARISTÍA
CONSIDERADA COMO SACRAMENTO

Asuntos predicables y de amena lectura, en forma de discursos.

I

*Jesucristo en el Santísimo Sacramento
es nuestro Padre.*

*Et vocabitur nomen ejus Pater futuri sæculi.
Será llamado Padre del siglo venidero.*

ISAÍ. IX, 6.

1. Con un epíteto digno de la grandeza y de la bondad del Altísimo designó el Profeta de los Misterios al Deseado de las naciones: «Su nombre ha de ser, dijo, Padre del siglo venidero (1)». Mas pregunto: ¿Acaso, el Hijo de Dios, antes de asumir la naturaleza humana no era Padre de los hombres? Y si lo era, ¿por qué razón, Isaías denomina al futuro Salvador con la bella frase mencionada, como si antes de encarnarse en el seno de humilde Virgen no lo fuese? ¿Qué misterio es éste? La fe nos dicta que Dios formó al hombre, y que le crió sobre la tierra; y por este doble motivo, juntamente con otros que no son del caso referir, el Hijo de Dios, asociado á las restantes Divinas Personas, es en

(1) Loc. cit.

verdad Padre de los hombres. Mas es lo cierto que la Augusta Trinidad no ejercía con los descendientes de Adán todos los cargos de un amoroso Padre; se había reservado algunos para el tiempo de la Encarnación del Verbo; tales ministerios debía desempeñarlos particularmente este Hijo de Dios Redentor, trabajando constante, sudando copiosa y sufriendo amargamente por sus hijos á fin de conducirlos por su misma mano al puerto de la salvación eterna. Jesucristo, empero, había de morir, porque era mortal, y murió ciertamente en afrentoso patíbulo, y estos ministerios personales cesarían con su muerte; previsto lo cual por el Salvador, con esa penetrante mirada que alcanza á todos los siglos y á todos los seres, buscó un medio adecuado para perpetuarlos también personalmente; y ved ahí por qué con ese medio enteramente divino, y maravilloso en extremo, pudo extender felizmente en los hombres y á favor de las generaciones todos los bellos oficios que ejecutara en su vida mortal y perpetuarlos hasta el fin de los siglos. El principal, por consiguiente, de estos ministerios que Jesús nos dispensa desde el adorable Sacramento es el de *Padre*. Para el Salvador este divino ministerio es una gloria eterna y una satisfacción completa; para los cristianos constituye una gracia imponderable y un provecho inmenso.

Aquél, empero, podrá llamarse con propiedad verdadero y solícito padre que ha engendrado á su hijo y que le mantiene, educa y socorre en sus necesidades. Sentadas estas bases, estudiemos si Jesucristo Sacramentado ejerce para con los cristianos, sus hijos, tan elevados y piadosos oficios.

§. I.—*Un legítimo padre debe haber engendrado á su hijo.*

2. Desde este punto de vista, el Hombre Dios Sacramentado puede considerarse tres veces padre del cristiano. En efecto: no podemos negar que Jesucristo, en el Sacramento del amor, así como es verdadero hombre es también verdadero Dios, y en concepto de tal infundió al primer Adán en el paraíso, el soplo de la vida, esa alma espiritual,

obra inmortal de la Divinidad y reflejo permanente de la Trinidad indivisa; mas semejante prodigio constituye un verdadero y propio engendramiento. Á la verdad, esta palabra, sin separarse de su literal sentido, tiene dos acepciones diferentes, á saber: la generación de la carne, y asimismo la producción ó creación del nobilísimo espíritu del hombre. Por manera que, si con razón damos el nombre de padre al que suministró la materia del humano compuesto, con mayor causa debemos atribuirlo á quien produce de la nada el espíritu, y le infunde maravillosamente en la materia corpórea. Si algún motivo existiera para dejar de dar el nombre de padre al autor terreno de nuestros días, no lo habría jamás para dejar de aplicarlo al Autor celestial por quien únicamente poseemos la vida físico-espiritual que armonizada llevamos.

3. En el heroico y sublime acto de la humana Redención es cuando Jesucristo arrojó en nuestras almas la semilla de la vida eterna para que mediante nuestra personal cooperación germinara, se desarrollara y produjera el debido fruto de la cooperación á la gracia divina. Nadie podrá poner en duda la legitimidad de este sublime engendro. Cristo, en efecto, satisfizo propia, verdadera y con solos sus infinitos méritos por los hombres; pero aquéllos no se nos aplican, sino mediante nuestra espontánea cooperación. Entonces puede decirse que es cuando el Salvador engendra en el alma la gracia santificante que nos hace merecedores de la vida eterna. Mas advierto que es Jesucristo Sacramentado quien en ocasión semejante nos ha dispensado los oficios de legítimo padre, porque el Salvador, antes que subiese al Gólgota y se abrazase gustosamente al Madero santo para pagar nuestra inmensa deuda, instituyó el adorable Sacramento del Altar; en Él concentró todo su infinito amor, y á la manera que el sol no puede aprisionar sus fecundos rayos en el disco, sino que les ha de permitir obrar con natural libertad para que bañen con su fecundante luz la tierra y devuelvan las energías á los seres, así también el Sol de las eternidades no pudo aprisionar los raudales de su

amor en el disco santo de la Hostia inmaculada, sino que hubo de permitir se derramasen hasta la Cruz del Calvario, desde donde la luz apareció á los hijos de Adán, devolviendo á los mismos las potentes energías perdidas por la culpa. El amor celestial, que rebosaba en el divino vaso del Sacramento, fué el mismo que llegó hasta la cruz; de ahí que la caridad que se hacía visible al mundo en la Cruz partía del Cenáculo. Por eso no titubeo en afirmar que el amor de Jesucristo Sacramentado fué el que nos engendró la vida de la gracia divina al terminarse aquel amor, como en escena, en el Gólgota. De conformidad con este pensamiento escriben los evangelistas aquellas sublimes palabras del Salvador, pronunciadas momentos antes de instituir la Sagrada Eucaristía: «Con intenso deseo he apetecido comer esta Pascua (la de su Cuerpo y Sangre) con vosotros antes que padezca» (1); las cuales palabras, dice S. Lorenzo Justiniano, son voces con que nos demostraba Jesús el ardiente amor que abrigaba su Corazón sagrado en darse á los hombres sacramentado antes de morir (2).

1. La tercera vez por la cual Jesucristo engendra la vida de su gracia en el cristiano, es en el acto de la percepción santa de su Cuerpo y Sangre; acción que puede considerarse en dos aspectos diferentes: primero, en cuanto á la Divina Comida que se recibe; y segundo, en cuanto á la gracia que por Ella se concede. Por el primero, es evidente que Cristo, Señor nuestro, se une de tal modo á nosotros que, en bella frase de Tertuliano, (3) nuestra carne se sustenta de su carne y nuestra alma se engrasa de su divinidad; y en sentir de S. Cirilo, (4) nosotros nos unimos á Jesucristo Sacramentado, no de otra manera que se unen entre sí dos gotas de cera líquida. Enseña el santo Concilio Florentino (5) que el Divino Manjar obra en el alma lo que el manjar terreno en el cuerpo; y á la manera que al comer una

(1) Luc. XXII. 15.

(2) Serm. Corporis Christi.

(3) Lib. de Resurrect. corp., cap. 8.

(4) Lib. 4 in Joan., cap. 17.

(5) Decret. ad Armenios.

vianda nos asimilamos sus alimenticias propiedades, de tal suerte que nuestra carne y nuestra sangre aumentan en peso, fuerza y riqueza, efecto natural de la unión íntima de ambas materias, así, cuando recibimos á Jesucristo Sacramentado, somos hechos concorpóreos con Él. Jesucristo, en efecto, nos atrae, nos une á sí, nos muda enteramente, nos devuelve endiosados.

De esta unión divina, de esta unión inexplicable brota la fuente de mercedes especiales que el Salvador derrama sobre los comulgantes. En este momento es cuando el Dios Hombre sacramentado actúa como legítimo Padre al engendrarlos de nuevo su gracia divina y el don propio del Sacramento; nos transforma en nuevos seres, nos rejuvenece á las miradas celestiales, nos sella con la fuerte impresión que recibimos del Sacramento al otorgarnos el carácter de hijos predilectos suyos.

§. II.

5. Dije en un principio que *el verdadero y solícito padre mantiene de sus bienes á sus amados hijos*; y nadie mejor que el Divino Señor en el Sacramento practica este dulce ministerio, al tratarse de sus propios hijos adquiridos con el precio inestimable de su sangre. Jesucristo, en efecto, sustenta, no ya de lo suyo, no ya de los bienes del universo, sino de sí mismo á sus redimidos; «no al modo, añade el Crisóstomo, que muchas madres que entregan sus hijos á las nodrizas, antes bien nos abreva con su sangre y nos engorda con sus divinas carnes (1)». Esto es tanto más cierto cuanto que la misma Verdad infalible lo ha declarado: «El que me come á mí, vivirá por mí (2)». La vida espiritual, la vida divina del alma cristiana no se debe con toda propiedad á las buenas obras particulares y exclusivas del individuo, porque éste, sin el auxilio divino, ninguna obra puede practicar en orden á la salvación; ni aun á la misma gracia de Dios en sí misma considerada, sino que debe atri-

(1) Hom. 60 ad pop. Antioch.

(2) Joan. VI. 58.

buirse infalible y peculiarmente á la acción de la Comida eucarística; no porque la gracia del Altísimo no transforme á los hijos de ira en hijos de Dios, sino porque es voluntad del Omnipotente que, así como en la Iglesia todo se ordena á la Santa Eucaristía, así también, para la virtud y el progreso en el bien de esta misma Iglesia, proceda todo inmediata ó mediatamente de la Eucaristía. Si pretendéis que la gracia de Dios, simplemente considerada, sustente la vida espiritual del católico, yo, sin dejar de concederlo, iré más adelante, y, asiéndome á las palabras del Salvador, diré que por la recepción de su Cuerpo y Sangre algo más que con su gracia sola pretende otorgarnos, puesto que viviremos por Él, llevando una vida semejante á la suya; porque á la manera que Jesucristo y el Padre son por naturaleza divina un mismo ser, así Jesucristo y el alma del comulgante son también un mismo ser por la unión estrecha, altísima, indecible y divina, resultante de la percepción de su Cuerpo y Sangre. Jesucristo, por medio de su gracia, nos concede la justificación: por medio de su Cuerpo y Sangre, nos otorga su vida íntima; debido á la primera nos regala su santidad: en atención á los segundos nos levanta á una perfección altísima; por aquélla nos da el carácter de hijos suyos: con su Cuerpo y Sangre nos endiosa. Por medio de la Eucaristía somos asociados á la vida de Dios.

6. Pero bien: Jesucristo, en cuanto Dios, nos ha dado el ser racional; en cuanto Dios Hombre, la vida de la gracia divina; en cuanto Dios Hombre Sacramentado, su propia vida. Las riquezas invaluables escondidas en el pecho de Jesús sacramentado, esas mismas son las que se participan al cristiano comulgante. ¡Admirable dignación del Omnipotente! ¿Quién había de creer estas cosas si la misma Verdad no las asegurara? Quién había de persuadirse que la vida de Dios iba á ser la vida del cristiano? No estamos convidados á un regio convite, cual el opíparo de Asuero; ni invitados á comer diariamente, como Miphiboseth á la mesa de David: estos banquetes, á la verdad, eran muy pobres; no se consideraban dignos de la grandeza de un Dios. Je-

sucristo fué más adelante; su amor tocó los límites de lo infinito, si así es permitido expresarse; y, arrojando en la sociedad cristiana el resto de sus riquezas, quiere sustentar á su pueblo, no con carnes ajenas sino con la suya propia: su mismo espíritu, sus propias excelencias son las que animan y adornan respectivamente nuestro débil espíritu, nuestras sucias miserias.

7. Que esto sea así, lo manifiestan palpablemente aquellas palabras de la oración dominical: «El pan nuestro de cada día, dánosle hoy». El divino Salvador, por estos preciosos vocablos, no nos estimuló únicamente á que solicitásemos de su Providencia el pan material con que sustentamos nuestros cuerpos, sino más principalmente el Pan sobresubstancial de su Cuerpo y Sangre á fin de que fuese nuestro espiritual alimento. Ved ahí por qué en S. Mateo (1) se lee: *panem nostrum supersubstantialem*, esto es: el Pan santo de la Eucaristía, según lo entienden muchos expositores. Nuestro Padre S. Francisco (2), con aquella elevación de ideas y aquel purísimo fervor que le caracterizaba, dice también que por las palabras referidas solicitamos del Eterno Padre á su muy amado Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, y decimos, «dánosle hoy», en memoria, inteligencia y reverencia del amor que nos tuvo y de las cosas que por nosotros pronunció, hizo y padeció en su mortal vida. Ahora bien; ¿qué es lo que nos revelan estas consoladoras sollicitaciones que el divino Salvador nos manda practicar diariamente? Pues declaran altamente que Jesucristo quiere verse como forzado por nosotros para darnos ese Pan sobresubstancial con el cual pretente alimentar nuestro espíritu y sustentar las fuerzas de nuestro corazón. Mas no está aquí todo.

§. III.—*El verdadero padre educa y socorre también á sus hijos.*

8. Con solicitud infatigable, pero con grande amargura de su divino Corazón, practica Jesús Sacramentado este mi-

(1) Cap. VI, 11.

(2) Exposit. super orat. Domin., oppusc.

nisterio, ya que á pesar de tantas amonestaciones y ejemplos como nos da desde el Sagrario, los cristianos no queremos oír sus dulces advertencias, ni seguir las seguras huellas que nos ha marcado en el Evangelio. Oculto en la Hostia santa, y prisionero en el Tabernáculo, Jesucristo rige al mundo y gobierna á cada uno de los hombres, ofreciéndonos esa educación privado-social que anhelamos, con las suaves enseñanzas que emanan de la cátedra eucarística. El verdadero colegio es el santuario; el director, Jesucristo; los libros, sus virtudes; los demás medios pedagógicos, sus gracias. Como en todas partes y en todo tiempo, lo que falta es una buena voluntad que se sujete á la del director, un buen temple que se amolde á las exigencias del jefe del colegio. ¿Qué no pudiéramos aprender si atentos escucháramos esas lecciones prácticas de humildad, paciencia, pureza, obediencia, pobreza, caridad, silencio y perseverancia que el divino Director nos ofrece desde el santo Tabernáculo? Pero, desgraciadamente, tan buen Padre no es generalmente correspondido. Las ingratitudes llueven de continuo sobre Él, y las indiferencias y desprecios se amontonan sobre su amante Corazón. ¿Qué extraño es, pues, que el Señor se queje de tan incalificable conducta, y dé á conocer su amarga pena con estos siguientes términos: «Singularmente quiero que entiendas (dice la Virgen Santísima á la M. Agreda) la indignación del Omnipotente Dios contra los que atrevidos y con loca osadía reciben indignamente estos sagrados sacramentos, en especial el augustísimo del Altar? ¡Oh alma, y cuánto pesa esta culpa en la estimación del Señor y de los santos! Y no sólo recibirle indignamente, pero las irreverencias que se cometen en las iglesias y en su real presencia.... Has de saber que el juicio de éstos será formidable y sin misericordia, como de siervos malos é infieles condenados por su misma boca». Temamos las amenazas del Altísimo, y, atentos á sus enseñanzas, llevémoslas al terreno de la práctica, y no olvidemos asimismo que también el Salvador en el Sacramento socorre las necesidades de sus hijos.

9. Jesús, en efecto, oye las súplicas de las almas por pecadoras que sean; porque la oración, en sentir de S. Bernardo, jamás es desoída; antes bien, penetrando las nubes, llega al trono del mismo Dios, donde es recogida por los ángeles y presentada al Excelso. Y si la oración dirigida al cielo se alcanza, ¿cómo no se obtendrá si la elevamos al Sagrario, sola ó mezclada con las plegarias de los fieles, privadamente, ó asociándose á los himnos litúrgicos, entre las nubes de perfumado incienso que la Iglesia oficialmente eleva al Dios Hombre Sacramentado? ¡Ah! Jesucristo está en el Tabernáculo dispuesto á favorecernos; y el venerable P. Baltasar Álvarez le vió con las manos llenas de gracias, buscando á quien dispensarlas; y el beato Enrique Susón no titubea en afirmar que el Salvador en la Eucaristía oye más que en otras partes las oraciones de los fieles.

Y estas consoladoras ideas no pueden en manera alguna llamar la atención del cristiano, si tiene en cuenta que el Omnipotente dijo al más grande de los reyes que Él había escogido el lugar del templo jerosolimitano para tener fijos en él sus ojos y su corazón en todo tiempo, á fin de oír desde el mismo lugar las fervorosas plegarias de los fieles y despacharlas satisfactoriamente (1); lo cual con doble razón practica el Señor desde los altares de nuestros templos; pues en realidad, su corazón, sus ojos y su divinidad se hallan verdadera y sacramentalmente presentes en ellos. Por esta razón poderosísima debemos llegarnos con absoluta confianza al Sagrario para suplicar con fervor, esperar con fe y recibir con agradecimiento.

Mas, no creáis que Jesucristo en el más amoroso de sus Misterios socorre tan solamente las necesidades espirituales de sus hijos. El siguiente suceso pondrá en evidencia que asimismo socorre otro orden de necesidades. En efecto: debía Sto. Tomás de Aquino defender con precisión, en la Universidad de París, cierta cuestión ardua acerca de los accidentes de pan y vino que permanecen después de la

(1) Lib. II Paralip., cap. VII.

consagración. Escribió su opinión en un papel y lo presentó en el altar del Sacramento, suplicando al Señor se dignase confirmar su parecer si era verdadero. Entonces, Jesucristo se le mostró visible en el altar y le dirigió estas textuales palabras: «Bien escrito está esto, Tomás. ¿Qué merced quieres te conceda?—Sólo tu amor, respondió el angélico» (1).

10. Que Jesús nos defiende de los peligros inminentes, es certísimo, pues un padre tan bondadoso como Él, ¿no nos librará de nuestros enemigos? Sé de cierta persona, y no creo mienta en lo que afirmo, que á más de haber alcanzado muchas gracias del Sacramento Santísimo ha sido defendida, con el poderoso auxilio de este Santo Misterio, de varios fatales accidentes de la vida. Sor Micaela Desmáisieres, llamada Madre Sacramento, (2) solía decir: «Jamás pedí cosa al Santísimo Sacramento que no me fuese concedida, y encargo á mis hijas sigan mi ejemplo en todas ocasiones y verán lo que es Dios para sus esclavas». He ahí en consecuencia, por cuantos títulos merece Jesús Sacramentado el nombre de Padre.

11. Pero el Divino Salvador desea con instancia le tengamos por bondadoso Padre. Ved por qué nos repite con ternura: «Hijo mío; dame tu corazón» (3); y en el salmo 88 espera le llamemos Padre, por estas palabras: «Él me invocará diciendo: Tú eres mi Padre, Dios mío y amparador de mi salud» (4); y, como dando la razón de semejante exigencia, añade: «¿Acaso no soy yo tu Padre que te poseí, te hice y te crié?» (5) Reflexionad ahora por qué Cristo Señor Nuestro, al enseñarnos á orar, decía: Así os expresareis al dirigiros á vuestro Dios: «Padre nuestro que estás en los cielos, etc». (6) ¡Ah! es que nuestro amoroso Jesús, no sólo exige le llamemos Padre, sino que gusta sobremanera le ca-

- (1) Flos Sanctor., in vita ejus.
 (2) Aviso sacado de sus escritos.
 (3) Prov. XXIII, 26.
 (4) V. 27.
 (5) Cap. XXVII, 6.
 (6) Math. VI, 9.

lifique con semejante nombre, pues por él damos á conocer que efectivamente Jesucristo nos ama como á verdaderos hijos. Todos estos mencionados conceptos, á la verdad, deben ser de inmenso consuelo para los que estamos justamente condenados á comer el pan de la tribulación, amasado con las lágrimas del sufrimiento. Pero en medio de todo, podemos levantar la vista al Sacramento de los amores, y, llamándole Padre, esperar en silencio y con la más completa confianza que nos oirá, ya que nuestro Dios ha dicho: «Porque en mí esperó le libraré, le protegeré porque conoció mi nombre. Clamará á mí y yo le oiré; con él estoy en la tribulación, le libraré de ella y le glorificaré» (1). Entonces, nuestras lágrimas serán bienaventuradas ya que han sido bendecidas y santificadas por la mano del Señor Sacramentado, quien, al consolarnos, puede decirse que por sí propio las ha enjugado.

12. El extático Nicolás Factor, abrasado en las llamas puras del amor al Sacramento, había inventado una religiosa frase para cada letra del alfabeto, y en sus ascensiones espirituales, al llegar á la letra P, solía decir refiriéndose á Jesús Sacramentado: «Padre mío piadosísimo y Señor omnipotente» (2); de este modo mantenía en su alma dulces consideraciones sobre la fineza suma del amor de Jesucristo. San Leonardo de Porto Mauricio, al ocuparse de la recepción eucarística, se expresaba de esta manera: «Tu buen Jesús es tu Padre; te ama muchísimo; quiere llenarte de gracias, Él es fiel y ha prometido oírte, y no pudiendo faltar á su palabra, debe concederte todas las gracias; luego para enriquecerte no es menester hacer otra cosa que buscar las mercedes y vivamente esperarlas» (3). Finalmente, el devoto sacerdote José Cayetano Montuori, autor de *Las glorias de Jesús*, añadía: «Padre es Jesús y Padre afectuosísimo que nos infundió nueva vida, que nos enseñó y alimentó, que nos hizo dichosas las vidas del entendimiento y del corazón y del

- (1) Ps. XC, 14 y 15.
 (2) In ejus vita.
 (3) Tesoro Escondido.

cielo con el sacrificio de su sangre, con el ejemplo de sus virtudes, con la doctrina de sus palabras, y con la institución de los Sacramentos» (1).

Al terminar, no puedo por menos de tributar infinitas gracias al Hombre-Dios Sacramentado, ya que nos reconoce por hijos suyos. Nuestro deber es serle en todo momento agradecidos, sumisos y amantes.

EJEMPLO

Á fin de que podamos admirar una vez más el sublime ministerio de Padre que Jesús desempeña desde la Sagrada Eucaristía, y cómo libra de peligros inminentes á sus devotos, bueno será que refiera un suceso acaecido en Harlinge de Frigia por los años de 1567. (2) Siete criminales habían sido sentenciados á la horrible pena de horca. Era llegada la hora de cumplirse la fatal sentencia, y de los siete delincuentes sólo uno quiso confesarse con un padre franciscano, y recibir de sus manos la Sagrada Comunión. Efectivamente, recibió el Pan de los ángeles con devoción muchísima, encomendándose de veras al Santísimo Sacramento. Ahorcados todos los malhechores, creyó el Corregidor que el que había recibido los santos sacramentos estaba aún vivo; por cuya razón ordenó al verdugo apretase más el lazo. Así se hizo, colocándose el ejecutor sobre los hombros del infeliz; pero en el momento se rompió la cuerda, y el desgraciado, al caer al suelo, comenzó á pedir indulgencia á Dios y al juez. Éste, considerando que, según el juicio humano, no era posible que el reo tuviese vida cuando los demás eran difuntos, y que la sogá se rompiese siendo muy consistente, atribuyó el hecho á verdadero milagro del Santísimo Sacramento, por lo cual absolvió de la merecida pena al delincuente.

(1) §. VIII.

(2) Surio, en el coment. del año 1567.

II

Jesucristo en el Santísimo Sacramento es nuestro Rey.

Dicite filia Sion: Ecce rex tuus venit tibi mansuetus.

Decid á la hija de Sión: He aquí que tu rey viene manso á ti.

MATH. XXI, 5.

I. ¿Qué concepto formaríamos de un poderoso monarca que por amor á sus indigentes súbditos se despojase de su purpúreo manto y real corona, y, vestido de humilde paisano, se entrase en la modesta casa del obrero y en la mugrienta guardilla del miserable, con el fin de socorrer sus necesidades y remediar sus miserias? ¿No le aclamaríamos por un príncipe justo y santo? ¿Cómo calificaríamos á otro soberano que, viendo el erario vacío por haberlo dispensado á sus pobres súbditos, y encontrándose sumamente rico, se desprendiese de sus lujosos vestidos y fastuosos muebles, y, vendiéndolos, cediese el precio á los desgraciados y hasta partiese el pan de su boca por ministrarlo al necesitado? ¿No le juzgaríamos de egregio héroe y le colmaríamos de aplausos? Mas, ¿qué diríamos, finalmente, de un rey que, apelando á los medios anteriores, y viéndolos insuficientes, llegase á decir á sus vasallos: Venid, cortad mis carnes, repartíoslas, y comed de ellas; al menos haré cuanto pueda por vosotros y moriré gozoso, pues mi sangre será la semilla de vuestra resurrección y de vuestra vida...? ¿No quedaría-